XXI

James estaba descontento.

Verdadera ó falsa, la tristeza de Juana al separarse de él, le inquietaba. Sentía al menos una gran inclinación hacia ella y la joven le había dejado entender que amaba lo bastante á un hombre para huir de él, cosa seguramente muy halagadora para aquel á quien se refiriera.

¿Quién era el desconocido?

¿El?

¡No se atrevía á creerlo!

Sin embargo, la confesión de Juana le halagaba grandemente. ¿Si no hubiera sido él de quien se trataba, porque haber comenzado aquella confidencia? Si se trataba de él en efecto, ¿por qué no haberla terminado?

Estaba preocupado por aquella atrevida maniobra de la institutriz, que absorbia por completo su atención. Sufria, él, el espíritu libre, ajeno á todas las inquietudes y para el cual el amor no había sido hasta entonces más que una distracción y no un tormento.

Pero otro sufría con más intensidad que él, y este otro era su hermano.

Los celos tienen ojos de lince.

Harry había notado al paso una mirada llena de pasión dirigída por la parisiense á su feliz

poseedor del momento; mirada que él la había devuelto con intereses.

En tanto que el reverendo Kimdale y Courcelles, *vis á vis* se entregaban en el comedor, de una botella de excelente rom, á las dulzuras de una conversación no interrumpida, lanzando al aire azules espirales de humo de exquisitos cigarros, ofrecidos por Pedro al *clerygman* y al menor de los Stewards, que completaba aquel trio de retrasados, Harry se mordía los labios de despe-cho y luchaba con los odios que se habían despertado en él como reptiles bajo la acción del sol.

Apaciguada por un momento, por la catástrofe de Aberfull, su pasión se había reavivado con nueva violencia desde que se encontraba frente á rivalidades que le causaban terror. Se hubiera resignado quizás á vivir cerca de la institutriz sin vencerla; pero no podía soportar la idea de verla pasar á manos más afortunadas que las suyas.

—¡Con qué familiaridad—pensaba—se apoyaba en el brazo de James! ¡Con qué atrevimiento le miraba! ¡Y todo eso delante de mí, sin pensar en lo que me hace sufrir ni en los terribles celos que despierta!

—La señorita Montaigu es una persona admirable—decía alegremente Courcelles. Paris está dignamente representado en Glenmore, en lo que á mujeres se refiere. Ahí teneis como

educamos nosotros á las muchachas, señor reverendo.

—¡Mil cumplimientos! Pienso como vos, querido señor—respondía el clérigo—no conozco nada más seductor que esa encantadora señorita. Hermosos cabellos, elevada frente, anunciando rara inteligencia, lábios rojos..;

—Y sensuales, mi reverendo, un poco gruesos, signo de tendencia á las voluptuosidades de este mundo.

—No, eso es ir demasiado lejos. Esos síntomas son muy engañosos, y por mi parte no les doy importancia alguna.

—Nariz aguileña, señor reverendo, signo de voluntad enérgica y perseverante.

—Perfectamente; por ese lado creo en el horóscopo: la señorita Montaigu debe ser de voluntad firme, y cuando se propone una cosa...

—No renuncia fácilmente á ella, mi reverendo.

—Y—replicó el vicario—tiene una voz de un timbre suave y estraño. En eso, sobre todo, reconozco que la señorita Montaigu ha sido ricamente dotada por nuestro divino autor.

—Tiene talle de hada y manos de reina, amigo mío.

—En fin, que es un dechado de todas las maravillas imaginables. ¿No es eso, señor Courcelles?

—¡Si no os desagrada eso! Pero le falta un don que el divino autor le ha negado,

—¿Qué don es ese?

—Cien mil francos de renta. Todos los marqueses sin un cuarto, todos los duques arruinados, todos los príncipes de poco más ó menos, del *Almanaque de Gotha*, se la disputarían; pero los cien mil francos de renta, completamente ausentes, anulan el programa.

Harry se retorcia de impaciencia en su asiento. Courcelles prosiguió:

—Con esos numerosos presentes de la naturaleza, ó del divino autor, la señorita Montaigu ha llegado á conseguir que la entreguen, todos los trimestres, el sueldo de una doncella. Convenid, mi reverendo, que no será una cantidad muy seductora para una muchacha que no quiere apartarse de la senda del honor.

—La recompensa de la virtud no pertenece á este mundo—observó sentenciosamente el ministro, llenando un vaso de rom.—La satisfacción de una buena conciencia...

—¡Bah! mi reverendo, ¡hay muchas de sus semejantes que no se contentan con eso! ¡Un hotelito en el boulevard Malesherbes, un buen coupé de Mulhbacher, Ehrler ó Binder, ó de otro fabricante de carrüajes, caballos de Tarbes ó de Normandía, eso es muy tentador; sin contar con las sortijas de brillantes, ni los brazaletes ó los pendientes de casa Boucheron. Si

algo me extraña es que la virtud de vuestra admirable institutriz no haya zozobrado mientras estuvo en París. ¡Sólo Dios puede saber las proposiciones corruptoras y las falaces promesas que habrá recibido! Nosotros sabemos una parte de eso, porque ¿quién de los aquí presentes no la ha dirigido sus flechas? Sir Harry, Riozarés, Mortcerf, James y yo; y todo sin el menor resultado, á pesar del valor incontestable de todos ellos, menos yo. ¡Otro cigarro, mi reverendo amigo! ¡Ah! ¡es una muchacha muy honrada la señorita Montaigu...

Y el escéptico añadió mentalmente:

—¡O una magnífica ave de rapiña!...

XXII

Harry se había puesto de pie y se paseaba, con aspecto preocupado, por el comedor. El vicario le observaba con disimulo y preguntándose si no estaba sobre las huellas de un secreto silenciosamente ocultado en aquella casa.

El nombre de la señorita Montaigu, que se veía á cada instante en los labios de los huéspedes, ó de los habitantes del castillo; su belleza, que llenaba con sus esplendores aquellos grandes salones, tan vacíos y tan tristes de ordinario; su voz, que turbaba el silencio y, por decirlo así, el sueño de los mismos, había metamorfoseado aquella vieja morada.

El reverendo Kimdale sentia vaga inquietud. Nada de lo que pasaba á su alrededor le parecía natural.

—Harry—dijo—estáis muy agitado; ¿por qué no permanecéis tranquilamente aquí?

—El marqués de Riozarés tiene una hermosa voz, y voy á escucharle de cerca. Estoy seguro de que dice innumerables tonterías á las señoras y que ellas tienen la bastante paciencia para tolerárselas.

—¿No es esa su vocación?—observó Courcelles.—Destila sus declaraciones como los claveles de Indias sus suaves olores, naturalmente.

Harry experimentó una decepción al entrar en la sala. Riozarés tenía una vecina en el piano, pero no era la institutriz.

La señorita Montaigu había desaparecido y Rama Sahib también.

No permanecían cerca del cantor más que James, la duquesa y Lucy, que fascinada por la gracia del español, ó pareciéndolo al menos, le oía con complacencia.

James, á los pies de la duquesa, le hablaba con cariño de sus aventuras y de sus esperanzas.

Era un grupo conmovedor el de aquellos dos seres, que vivían el uno para el otro, rebosando una de esas afecciones tiernas y santamente apasionadas, dispuestas á todos los sacrificios y á todas las concesiones, sin mezcla alguna de amargura ó de celos.

En cuanto á Lucy, no se hubiera conducido de otro modo si hubiera tratado de mostrarse seductora é impuéstose la obligación de emprender la conquista de su admirador.

Negligentemente apoyada en el respaldo de un sillón, en abandonada actitud, con los cabellos cayendo en bucles alargados sobre su cuello de cisne, con los ojos medio cerrados y la boca sonriente, como la de una bacante bajo el imperio de un comienzo de embriaguez, parecía absorta en una contemplación de que Riozarés era objeto.

Deslumbrado por la belleza sobrenatural de aquella hija del Norte, tan diferente á las que él había conocido hasta entonces, el marqués fué asaltado de improviso por el deseo de conocerla y de penetrar en las sombras de su vida pasada.

Las extrañas audacias de aquella ingenua señorita, unidas á una indiferencia á la vez sencilla y atrevida, le intrigaban.

En vano trataba de fijar su atención en otra cosa, porque era atraído á su pesar por el fuego de aquellos grandes ojos, medio velados, que le interrogaban, como si hubiesen esperado de él la revelación de un misterio que poseyera.

Sus dedos, que vagaban distraidos sobre el teclado, lo abandonaron.

Se volvió hacia Lucy. Como si la joven hubiese previsto este movimiento, no abandonó su actitud, en tanto que una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios, tan frescos, que una mariposilla se hubiese posado en ellos creyéndolos una rosa.

—Sois muy linda, miss—la dijo, acercándose á ella hasta tocar los pliegues de su vestido.—¿No os lo han dicho nunca?

—En estas montañas, querido marqués, ¿á quién queréis que se le haya ocurrido eso?

—¡Quién sabe! Hay muchos corazones de hombre bajo la ruda corteza de vuestros vasa-

llos, y habéis debido conmover á más de uno á vuestro paso.

—Sois galante como buen francés, querido señor. Los escoceses de Glenmore no hubieran tenido nunca, ni esas delicadezas, ni esas temeridades.

—Sin embargo, os han confesado alguna vez que os hubiesen amado si hubieseis querido descender hasta ellos.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Lucy, con la extrañeza de Susana sorprendida en el baño.

—¿Qué os importa?

—Pero...

—Lo sé por ese azulado billete que ocultáis amorosamente bajo los pliegues del traje.

Lucy bajó los ojos y se puso colorada como una amapola.

Un papel, cuidadosamente doblado, salía de entre los encajes que adornaban el pecho de la joven.

Pero se repuso bien pronto.

—Si este papel os choca—dijo,—consiento en confiaros su contenido. Son versos.

—¿De un amigo?—observó Riozarés.

—Sí, de un amigo; de un muchacho de la casa, hijo de un guarda del dominio.

—¿Que vive en..,?

—En una torre abandonada en la meseta del bosque de Aberfull, bajo aquellos árboles que veis allá, en el horizonte.

—¡Entonces tengo un rival en aquellos lugares tan pintorescos! — dijo, riendo, el español.

—¿Rival en qué?

—En dos cosas. La primera es que no hay un rimador más intrépido que vuestro servidor, aquí presente, y ese joven campesino quiere disputarme mi lira.

La segunda es que puesto que os dirige sus versos, supongo que os ama... Vos sois la poesía en persona, y él es vuestro poeta... Y habeis de saber que yo también os amo.

—¡Ya!

—¡Mucho!

—¡Por distracción, por necesidad, puesto que los objetos de vuestro cariño están ausentes! En Glenmore faltan recursos para pasar el tiempo y se echa mano de los que se presentan.

—Os calumniais, miss; creed en mi esperiencia. No es posible veros sin experimentar un sentimiento muy vivo hacia vos.

—¿Verdadero?...

—Sí.

—¿Hablais seriamente?

—Muy seriamente.

—Me han asegurado que jamás os ha ocurrido eso de hablar en serio.

—No os han engañado.

—¿Lo reconocéis?

—Hasta el presente, es muy cierto.

—¿Y esta noche?

—¡Oh! ¡Esta noche es diferente!

Riozarés parecía en aquel momento la adorable figura de Fautasio. Su voz denotaba una ternura penetrante; quizás representaba una comedia; pero la representaba admirablemente.

Juzgó sin duda que el efecto estaba producido, porque cambió bruscamente de tono, con la destreza de los artistas experimentados, que no abusan de la cuerda simpática, á fin de valerse de ella en el momento oportuno.

—Cuando yo afirmaba que no se puede veros sin amaros, estaba bien seguro de ello. Hubiera apostado la cabeza contra un penique á que esos versos tan cuidadosamente guardados, están llenos de fuego y son tan ridículos como deben serlo los versos de un buho apasionado.

—Apasionado quizás, en la forma, querido marqués; ridículo, nó. Mi protegido tiene más mérito que vos créeis. Juzgad —dijo entregándole el papel.

Riozarés se apodero de él, y leyendo detenidamente:

—No está mal, miss; no está mal del todo, *en la forma;* pero en el fondo es una confesión de una temeridad insolente.

—Sois muy duro, marqués, con el pobre Guy.

—¿Se llama Guy? En efecto, la firma dá fé de ello.

Según hablaba, Riozarés habia escrito rápidamente en el anverso del papel de Rowen algunas líneas con una letra fina y compacta, que dió á leer á la joven.

—¡Pobre Rowen!—suspiró Lucy.

—¿Le tenéis lástima?—replicó Riozarés:—No debíais tenérsela, porque se ha atrevido á amaros: ¡Y, sin embargo, le perdonáis!

El marqués levantó los brazos al techo.

—Dáis demasiada importancia á una niñería—dijo miss Steward con impaciencia.

—Sea; será porque esté celoso.

—Os agradezco ese favor—dijo Lucy ocultando una maliciosa mueca tras el abanico:

—Parece que os burlais. ¿Y si estuviera celoso de veras, qué diríais?

Miss Steward se levantó.

—Dadme el brazo—le dijo.—El tiempo es soberbio, el día está acabando. Paseemos por las sombras del parque un instante y os contestaré.

Con una libertad completamente británica, se cogió al brazo del español y le llevó bajo los árboles del parque.

Las perfecciones del marqués, relegaban al más profundo olvido las excursiones de la torre de Aberfull.

¡Pobre Rowen!

—¡He ahí una linda pareja!—dijo James á su madre, viendo á su hermana y al marqués alejarse.

Courselles, que se aproximaba con su reverendo amigo, oyó que contestaba la duquesa:

—¡Lucy busca marido: está en la edad de las ilusiones; dichosa ignorancia!

Courcelles, pensando en el color de los cabellos de la joven, se inclinó al oido del vicario:

—Es un hermoso toison de oro, para desperdiciar su conquista, excelente amigo; yo creo que ha tentado la codicia del marqués.

—Toisón, bien guardado—replicó el buen pastor;—mucha cabeza y...

Vaciló un segundo.

—Poco corazón — dijo Courcelles acabando la frase.

—Yo no me hubiera atrevido á decirlo. Quiero demasiado á los Steward para revelar sus defectos.

—¿De dónde sacais que sea eso un defecto? —exclamó Courcelles. — Frente á un Riozarés es preciso tener triple coraza.

—¡Oh! — exclamó el vicario.—Podeis estar tranquilo. Miss Lucy sabe mucho.

Courcelles quería poco al español y esto hizo que le agradara la afirmación del reverendo.

—¡Dios quiera que tengais que casarlos, amigo mio! ¡Riozarés casado por casualidad, sería cosa curiosa!

—¡Amén!—dijo el buen clérigo.

XXIII

La institutriz se había retirado á su cuarto. Tenia necesidad de estar sola. Un cómico no podría soportar largo tiempo los esfuerzos que se vé precisado á hacer en escena.

La joven huía de las miradas que pesaban sobre ella. Mortcerf, Harry, el español, hasta el mismo James, con su burlona galantería, se le hacían odiosos.

James, que en Paris se había mostrado con gran reserva y casi deferente para con ella, la trataba con irreverente familiaridad, como si el estar ella en Glenmore la convirtiera en una sierva suya, obligada á soportar sus caprichos.

Se consideraba por primera vez humillada por su condición y por la impertinente confianza con que el secretario de embajada la había hecho sus preguntas durante su entrevista.

Al retirarse á su cuarto, la había dirigido una mirada de reprensión, á la cual había contestado él inclinando imperceptiblemente la cabeza.

Juana, al pasar ante un espejo, había podido ver que su rostro estaba animado por el despecho y que tenía pintado en él la contrariedad que experimentaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

A pesar del dominio que tenía sobre sí misma, perdía, en medio de las excitaciones de que era objeto, su frialdad y su rigidez de estatua. Su sangre hervía bajo la acción de la llama que encendía en los demás, y soportaba impacientemente la calma del hombre á quien hubiera querido apasionar y seducir.

Temía hacerse traición y desaparecía, como el soldado que se aterra en el momento de la lucha y deserta del campo en que va á entablarse.

Abrió la ventana y aspiró el aire húmedo de la noche.

Los árboles confundían su follaje con la oscuridad que tendía su manto sobre Glenmore. Los ruidos de la noche, elevándose desde los fosos al castillo, ó partiendo del retiro de las aves nocturnas ó del agujero de los cantadores grillos, turbaban el silencio del parque.

Juana permaneció un momento inclinada sobre las aguas, bañando su descubierto pecho en la helada niebla que partía de las mismas.

—¡No me ama!—se decía.

Y no se atrevía á hacerse la pregunta contraria:

—¿Le amo yo?

Pero añadía:

—¡Me ha hablado como á una muchacha cualquiera!

Y su conciencia la gritaba:

—¿Acaso no lo mereces? ¿Qué has venido á buscar en Glemmore?

Estaba irritada contra el destino, contra su amante preferido y, sobre todo, contra sí misma.

Se desnudó, y perdió una media hora, yendo del espejo á la ventana, ó al piano y mezclando sus reflexiones á los cuidados de su *toilette* de noche.

Había soltado sus cabellos incomparables, que cubrian sus hombros, y dejado deslizar los vestidos sobre la alfombra.

En el momento en que iba á meterse en el lecho, la contuvo un recuerdo repentino.

Vió sobre la chimenea una carta que había dejado allí, cerró su peinador de muselina blanca, y abriendo de nuevo la carta, se sentó en un sillón y se puso á leer.

Era letra de su madre.

La pobre mujer suplicaba á su hija que volviese á su lado.

«Mi querida Juana—decía.—Desde tu partida, la casa me parece vacía, silenciosa, y solitaria como una tumba.»

«Tu pobre padre no habla de ti y me prohibe pronunciar tu nombre. Tú eras, sin embargo, su hija preferida. Esto es un gran suplicio para tus hermanas y para nosotros. La alegría de la casa ha partido contigo. ¡Regresa á nuestro lado! ¿Qué necesitas tu de nadie? La vida

es corta y la unión de las personas de una misma familia, en la buena, como en la adversa fortuna, es el más envidiable de los bienes. No somos ricos, es cierto; pero estamos al abrigo de la necesidad. Tenemos pan y no nos falta lo más indispensable.»

La buena mujer añadía:

«Los negocios no marchan mal; hay muchos enfermos y se venden muchos medicamentos.

»Voy á decirte una cosa que quizás te conmueva.

»El pobre Isidoro Bernouin ha caido en una gran tristeza desde tu partida; está desconocido. Haces mal en desdeñarle. Es un honrado mozo que sabría hacerte feliz y que tiene capacidad para crear una buena casa. No es guapo; pero tiene un corazón de oro, cosa que vale más que la hermosura, sobre todo en los hombres.

«El y tu padre están ocupados en moler alcanfor en un mortero, y tanto la cara del uno, como la del otro, inspiran compasión.

«¿Por qué nos has abandonado? ¿Qué vas á ganar en la carrera que has elegido, más que humillaciones y decepciones?

»Reflexiona, mi querida hija, y piensa que el mejor refugio para una joven es la casa de sus padres.

»Te escribo ocultándome para ello. Temo que tu padre me vea y sospeche lo que estoy haciendo. Laura, Nichette. y Magdalena, están bien. Serán menos guapas que tú, pero acaso sea ese un favor que el cielo nos conceda.

»Adiós, mi querida Juanita, piensa en que sufro más cruelmente aun que los demás, por tu resolución.

»Te abraza tiernamente, mil veces,

»Clemencia Montaigu.»

La institutriz dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquella voz de la familia, llevándola las quejas del hogar doméstico, la enterneció un instante. Tuvo un acceso de verdadera ternura y colocó los labios sobre el papel, en el cual se distinguían huellas de lágrimas; pero su emoción fué pasajera.

Guardó la carta en un cofrecillo, cuya llave quitó, y se dirigió hacia el gran lecho de columnas, instalado en medio de la alcoba.

Daban las once en el reloj que allí tenía, é iba á apagar la luz, cuando un discreto golpe llamó su atención.

Se volvió hacia la puerta y escuchó.

Volvieron á llamar de nuevo.